

Comienza el año Beethoven

PERISCOPIO CULTURAL
MANUEL DREZNER



NO SE CONOCE LA FECHA EXACTA del nacimiento de Beethoven. Se sabe que fue bautizado el 17 de diciembre de 1770, o sea que debió haber nacido uno o dos días antes, o incluso el día 14, como decían las viejas biografías, ya que los requisitos eclesiásticos exigían que los recién nacidos fueran bautizados dentro del día siguiente al nacimiento. En todo caso, en el año en-

trante, el 2020, se conmemorarán 250 años de la llegada al mundo del gran genio y el mundo civilizado se prepara para hacer los festejos correspondientes con la interpretación masiva de su obra. En Bonn, su ciudad natal, por ejemplo, proyectan presentar durante el año todas las obras de Beethoven, incluso las más recónditas.

Aquí se han hecho dos anuncios, de gran interés. Uno de ellos es el de la sala de música de la Biblioteca Luis Ángel Arango, que presentará al Cuarteto Casals tocando todos los cuartetos del maestro. De hecho incluirán una rareza, un cuarteto que él transcribió de una sonata para piano y que casi nunca se toca, o sea que será

un ciclo notable. El otro anuncio importante es el de la presentación de su ópera *Fidelio* en el Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo.

Me imagino que las otras organizaciones musicales bogotanas también harán homenajes a Beethoven, o sea que el año entrante será prácticamente dedicado en su parte musical a este compositor. Claro que escuchar música de Beethoven no es algo excepcional pues su puesto entre los grandes genios de la humanidad es indiscutible, pero el que haya una concentración tan grande de su obra es algo que los amantes de la música agradecerán como se merece.

Antrópico

JOSÉ FERNANDO ISAZA



LA TEMPERATURA ATMOSFÉRICA está determinada por varios factores naturales. Los más significativos son las erupciones volcánicas, las variaciones de la actividad solar, la oscilación del eje de rotación de la Tierra con respecto al plano de la órbita y la precesión de los equinoccios, que modifica la orientación del eje de rotación con respecto al sol. Estos últimos, de acuerdo con M. Milankovitch, pueden explicar los ciclos de las grandes glaciaciones. La actividad humana también contribuye a la modificación de la temperatura atmosférica.

Esta es sensible a la presencia de los denominados gases de efecto invernadero, el anhídrido carbónico (CO₂) y el metano. La era de los combustibles fósiles que acompaña a la revolución industrial ha producido un aumento del CO₂ a una tasa que hace que su concentración sea la más alta de los últimos 800.000 años. En menos de dos siglos, período corto en términos geológicos, pasó de 280 partes por millón a 415 partes por millón. El metano, gas natural, tiene 20 o 30 veces más efecto unitario sobre la temperatura que el CO₂ y explica el 20 % del calentamiento global. La concentración alcanza 1,9 partes por millón y antes de la era industrial era de 1,2 partes por millón.

En el período 1870-1940, que coincide con el crecimiento demográfico y el uso masivo de combustibles fósiles, la temperatura media atmosférica creció 0,3 °C, terminándose así la pequeña glaciación, que siguió a un período medieval caliente. Este incremento de temperatura acompañó la revolución verde. A partir de 1940-1975, la temperatura oscila y no presenta un aumento sostenido. En el período 1970-1985, la comunidad científica estuvo dividida. Por una parte, el modelo astronómico predecía una reducción de la temperatura, y el modelo de Arrhenius, un crecimiento por efecto de los gases de efecto invernadero, fruto de la actividad humana. A partir de 1983 la evolución de la temperatura mostró un claro crecimiento sostenido, llegando a niveles de 1,1 °C superiores a los de 1850, es decir 0,8 °C mayores que en 1950. Un estudio de la University College de Londres (A. Koch) plantea hipótesis de la disminución de la temperatura que siguió a la primavera medieval.

“La alteración que provocó el asentamiento europeo en el continente americano llevó al abandono de una enorme superficie de tierras agrícolas que fue ocupada por árboles de rápido crecimiento y otro tipo de vegetación. Esto quitó suficiente dióxido de carbono CO₂ de la atmósfera como para que, con el tiempo, se enfriase el planeta”.

“A finales del siglo XV vivían en América 60 millones de personas (aproximadamente 10 % de la población mundial), que se redujeron a solo cinco o seis millones en un período de 100 años”.

“La masacre de los pueblos indígenas de América condujo al abandono de suficiente tierra cultivada que tuvo un impacto detectable tanto en el CO₂ atmosférico como en las temperaturas de la superficie terrestre”.

Una hipótesis que puede explicar por qué no disminuyó la temperatura a partir de 1950, como lo mostraban los modelos astronómicos, es el efecto antrópico, la emisión de CO₂ y metano sobrecontrarrestó los efectos de precesión y rotación del eje de la Tierra, en forma tal que se creó un riesgo catastrófico en el futuro cercano.

Nota. Por vacaciones, esta columna no aparecerá en las próximas semanas.

Osuna



La alcaldesa electa y su elegida

Los muertos gritan

YOLANDA RUIZ



SI NO NOS PONEMOS AL DÍA CON LOS tantos muertos que ha dejado este conflicto en el camino, ellos seguirán saliendo de las tumbas para reclamarnos, para exigirnos y reprocharnos por lo que no hemos hecho. Desde Dabeiba hablan hoy los cuerpos de civiles que fueron asesinados a sangre fría y enterrados sin familia, sin nombre, sin lágrimas, en una ruta macabra que marca uno de los episodios más dolorosos de nuestra historia. Se conoció de esta fosa por el testimonio de un militar que se acogió a la Justicia Especial para la Paz. De no haber sido así, no lo sabríamos. Y ese es solo un testimonio de los cientos que han recibido los magistrados. ¿Qué tanto nos falta por conocer? ¿Qué más les han contado? ¿Cuándo vamos a saber todo el horror que en esas audiencias se ha relatado?

Dice Claudia García, la directora de Medicina Legal, que según los datos preliminares y aproximados que tiene la entidad podrían ser 200.000 los cuerpos enterrados sin identificar en cementerios legales o en fosas ilegales en años de violencia. “Están

por todo el país”, dice ella. Muchos de esos muertos han sido buscados durante años o décadas por sus familiares, que les perdieron el rastro en medio del conflicto. Cadáveres sin dolientes, mientras hay miles de familias sin tumbas para llorar a sus seres queridos. Otros más se han perdido sin que hoy nadie los busque, convertidos en nada, en un dato estadístico al margen. Todos ellos son nuestros muertos, y los que aún podemos respirar para ver lo que pasó somos sus dolientes y estamos obligados a rescatarlos de la noche y la niebla.

Poner rostro y nombre a cada uno es tarea pendiente porque así estaremos tejiendo la verdad de nuestra historia; esa que a veces no queremos ver en toda su dimensión y que tenemos que aceptar para poder avanzar. La única manera es entender que no hay muerto bueno, ni asesinato justificado, aunque los victimarios siempre encuentren un discurso para argumentar sus atrocidades. ¿Cuánto daño nos hacen los discursos de odio! Con ellos se pretende jerarquizar el dolor humano, establecer muertos de primera y de segunda. Un mínimo acuerdo como sociedad tendría que ponernos a todos en el lado de la defensa de la vida, en el reconocimiento de nuestros muertos y en el resarcimiento de tantas víctimas.

Los muertos hablan para decir no más, para narrar el infierno al que nos arrastró una

guerra que, como todas, desató los peores demonios. Desde Dabeiba, esas víctimas convertidas en un amasijo de huesos y calaveras reclaman justicia y verdad. Gritan también por el dolor que produce ver la degradación de los seres humanos que decidieron matar a los civiles que debían proteger para conseguir condecoraciones y permisos.

Los grupos ilegales mataron, secuestraron, torturaron, violaron. Que se conozca todo lo que hicieron, que haya justicia. Hay que decirlo una y otra vez, pero también hay que gritar para que haya justicia en los casos de los uniformados que cometieron delitos en esta guerra atroz. Hablar de eso no es deshonorar las instituciones. Por el contrario, hacer justicia y contar verdades de esos que delinquieron es rendir homenaje a los miles de hombres y mujeres de nuestras Fuerzas Armadas que hacen su tarea con decencia y compromiso y a los muchos que han dado su vida con honor en una guerra que se ha llevado miles de vidas valiosas. Por ellos y por todas las víctimas, hay que escuchar a los muertos, identificarlos, devolverles parte de su dignidad perdida y hacer justicia. Tremenda tarea la que tienen la JEP y la justicia toda, la Comisión de la Verdad y la Unidad de Búsqueda de Desaparecidos. Tarde o temprano, las verdades que se quieren callar salen para gritar desde las tumbas.